

Fray Manuel de Tuya O.P.

Primer anuncio de la pasión. 16,21-23

Los tres sinópticos narran, inmediatamente de la confesión de Cesarea, la primera predicción que Cristo hace a sus apóstoles de su muerte en Jerusalén y de su resurrección. Mt-Mc traen luego, como parte de esta escena, un episodio de San Pedro que Lc omite. Ya al principio de su vida pública había hablado muy velada y enigmáticamente de su muerte (Jn 2,19; 3,14-16; Mt 9, 19; 12,40, etc.). Pero ahora les habla por primera vez abiertamente de ello. Hacía falta insistencia, pues difícilmente cabía en la cabeza de un judío, deformado por prejuicios de un Mesías triunfador y nacionalista, sospechar un Mesías no político y que iba a ir a la muerte condenado por los mismos dirigentes de la nación. Y se comprende muy bien el momento que Cristo elige para hacer por vez primera este anuncio de una manera precisa y terminante. Acababan los apóstoles de reconocerlo por Mesías. El lo aceptó. Todo el halo de milagros confirmaba el hecho. Pero en aquella mentalidad judía les iba a ser del todo incomprensible el Mesías tal como él se presentaba. Pedro mismo, al oír la advertencia de Cristo, protestará de ello como de un absurdo. Por eso había que adoctrinarlos, sistemáticamente irlos convenciendo y previniendo contra su probable escándalo. Por eso dirá Mc que esto lo «decía claramente».

Una vez que los apóstoles habían ya llegado a la convicción de que Jesús era el Mesías, «desde entonces» (Mt)—lo que no requiere una inmediata contigüidad histórica con la escena de Cesarea, sino que puede muy bien referirse al período de tiempo siguiente a esta fecha histórica—«comenzó», pues lo hace por primera vez abiertamente y lo repetirá, según registran los evangelios otras dos veces, a exponerles la necesidad de su muerte, según el plan de Dios.

El era el Mesías, y ellos lo reconocían por tal, y el cielo lo confirmaba con sus milagros (Jn 3,2). Pero no era el Mesías nacionalista, político y triunfador que los judíos esperaban, ni que ellos creían (Act 1,6). Esta predicción de Jesús sobre su muerte es precisa y terminante.

1) Este es el plan de Dios: «conviene» (Mc-Lc; cf. Mt 26,54).

2) Ha de ir para esto a Jerusalén. A esto aludía la respuesta que le manda dar un día a Antipas: «No puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén» (Lc 13,33).

3) Allí será condenado por «los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas» (Mt). Era el tribunal supremo: el sanedrín, con sus tres clases de componentes. Mc, en lugar de los «sumos sacerdotes» de Mt, pone «príncipes de los sacerdotes». Los que habían ejercido el sumo sacerdocio eran miembros natos del sanedrín y quedaban con el título de sumos sacerdotes. En la Escritura se los llama también «príncipes de los sacerdotes» (Act 4,5.8). Puede ser que los dos títulos siguiesen en el uso

popular o que sea una cita «quoad sensum». Posiblemente en la categoría de sumos sacerdotes se incluían los miembros de familias de las que se había elegido algún miembro para el sumo sacerdocio.

4) Allí «sufrirá mucho» y será «entregado a la muerte». Era la profecía de su pasión: Getsemaní, sanedrín, Pilato y Herodes, flagelación, corona de espinas, Ecce homo, vía dolorosa, muerte de cruz. Es siempre la conciencia de Cristo, de su destino, de su futuro, de su día y de su libertad.

5) Pero es también, para contrastar este mesianismo de dolor, el mesianismo triunfante de su resurrección. «Resucitaré al tercer día» (Mt-Lc). Mientras Mt-Lc ponen que la resurrección será «en el tercer día», Mc pone «después de tres días». En otros pasajes neo-testamentarios se usa la fórmula primera (Act 10,40; 1 Cor 15,4). La fórmula de Mc resultaba un poco ambigua sobre la precisión de los días que debía permanecer en el sepulcro (Os 6,3). Acaso fuese ello con motivo, para que prevaleciese la fórmula «en el tercer día». La importancia de la resurrección de Cristo como control de toda su obra es tal (1 Cor 15,14), que Jesucristo la va anunciando repetidas veces y con la precisión de los tres días. Ya antes habló de ella, al decir que, si destruyesen el templo de su cuerpo, El lo restauraría en tres días (Jn 2,19), o el signo que dio de sí mismo aludiendo a los tres días de Jonás (Mt 12,39.40). Jesús va libremente a la muerte y a la resurrección.

El cuadro era de una plasticidad tal, de una precisión como hasta entonces no lo habían escuchado de sus labios, pues, como dice Mc acusando esta sorpresa, «esto [condena, muerte y resurrección] se lo decía claramente», tanto que Pedro, siempre con su ímpetu y «cogiéndole» (Mt-Mc), acaso por su manto, en todo caso con un gesto precipitado, le apostrofaba, deseándole que eso jamás sucediese. Era Pedro, que obraba con la espontaneidad de su enorme afecto a Cristo; pero lo hacía como efecto de la «carne y de la sangre». Lo interpretaba bien San Jerónimo, al decir que Pedro, «aunque yerra en el sentido, no yerra en el afecto». Lc omite todo este episodio.

La expresión de San Pedro que transmite Mt, ya que Mc se limita a decir que Pedro «comenzó a increparle», es doble, y, sin embargo, ambas son fundamentalmente sinónimas.

La primera es *hileós soi*. En hebreo se usaba *halil sil*, v.gr., que esto sea profano para mí. En griego se usaba la forma *hílaos*, lo mismo que en su forma ática que aparece en el texto, como interjección, para desear que Dios fuese favorable, lo mismo que en el sentido de que Dios apartase algo malo de uno: «quod Deus avertat» La segunda: «no te sucederá esto», viene a ser, pleonásticamente, un sinónimo de lo anterior. El sentido es, pues: no lo permita Dios; no sucederá esto.

La respuesta de Cristo a Pedro es fuerte. Se «volvió» (Mt) a él —¿en el camino?, ¿en el gesto?, ¿es recurso literario?—para «reprenderle» (Mc). Le manda apartarse de El, llamándole al mismo tiempo «Satanás» (Mt 4,10). Satanás era considerado en la concepción demoníaca de esta época como un ser personal, superior, que recibe diversos nombres, y que es el ser hostil

por excelencia a Dios y a su obra. Naturalmente, no es que Pedro lo sea ni que Satanás le influya (Jn 13,2), sino que su proposición era digna de la misión de Satanás: que era deshacer su auténtica obra mesiánica, y que ya lo había intentado en las «tentaciones» del desierto. Por eso, la proposición de Pedro a Jesús, que surge recia de afecto, es para él «escándalos (Mt): tropiezo, obstáculo, pues, de seguirla, se boicoteaba la obra mesiánica del Padre: el mesianismo espiritual de muerte de cruz. Pedro, con ello, no miraba «a las cosas de Dios, sino a las de los hombres» (Mt-Mc).

Condiciones para seguir a Jesús. 16,24-27

Los tres sinópticos sitúan este pasaje inmediatamente a continuación de esta perícopa. Sin embargo, filológicamente, se acusa su unión de una manera muy vaga. Así dicen: «Entonces», ya que es la fórmula ordinaria de transición. De las fórmulas literarias de los evangelistas nada puede concluirse. ¿Cuándo las dijo? ¿Dónde las dijo? Algún autor lo sitúa en la región de Cesaren de Filipo, debido a su unión literaria en la escena de la confesión y reproche de Pedro. Pero si el «reproche» a Pedro—escena anterior—exige situarla inmediatamente, no es creíble que en esa región Jesús ejerciese el apostolado (Mt 15,24).

Posiblemente este «bloque» tiene, en el intento de los evangelistas, un contexto lógico: por semejanza de ideas. Después de la persecución de Cristo se comprende el anuncio de la persecución y cruz de los suyos. Tres son las ideas que van a desarrollarse: necesidad de «negarse a sí mismo»; el «provecho» que se sigue de negarse a sí mismo o de no negarse; el juicio final, que dará la «sanción» definitiva a este negarse o al desprecio de esta abnegación cristiana.

Esta enseñanza que Cristo va a hacer, y que en Mt se dirige a sus «discípulos», es precisada más por Mc. Cristo, «llamando a la muchedumbre junto con sus discípulos, les dijo...» Que es lo que resume Le diciendo: «y decía a todos».

Necesidad de la abnegación propia.—La primera enseñanza que Cristo hace aquí es la necesidad absoluta de «negarse a sí mismo» para el ingreso o permanencia en su reino, es decir, posponer todo aquello que obstaculiza las exigencias para el ingreso en el reino.

El sentido originario se refiere al ingreso en el reino, probablemente no sólo después de su pleno establecimiento, sino ya en su fase previa histórica. En todo caso, parece que Mtg, como Lc, le dan también una amplitud «moral» de permanencia en él. Así habrá, dice Lc, de tomarse la cruz «cada día» (Le 9,23; cf. 1 Cor 15,31).

No es, en absoluto, una simple invitación. Lo es en su estructura. Lleva la impronta de una invitación al reino—cuyo no ingreso es, por otra parte, culpable (Mt 13,15)—, pero se ve que, ya ingresado en el reino, es doctrina necesaria en él. Pues si los tres conservan aquí la formulación literaria de la «invitación»: «Si alguno cualquiera quiere venir en pos de mí...», el contexto

hará ver bien lo que significa esta negación en el pensamiento de Cristo. El mismo Lc en otro pasaje, paralelo o «duplicado» de éste, da el hondo sentido de esto: «El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27).

Indirectamente Jesús indica aquí el género de su muerte: la cruz. Pues hay que tomar la cruz e ir «detrás» de El.

Aunque el suplicio de la cruz era de uso penal, los judíos habían visto ya estos cortejos ir a la muerte.

Así, a la muerte de Herodes el Grande, Varo había hecho crucificar 2000 judíos. Y desde el tiempo del procurador Cuadrato hasta el asedio se citan numerosos casos de crucifixiones. El mismo hecho de la crucifixión de Cristo con «dos ladrones» no era más que un episodio usual en los procedimientos romanos en Palestina. Pero se piensa en el cirineo llevando la cruz «detrás» de Cristo (Lc 23,26).

La doctrina de Cristo exigía una entrega tal, expresado con el ritmo antitético semita negativo, «niéguese», y positivo, «tome», en que requería, si preciso fuera, ir hasta la muerte ignominiosa de la crucifixión.

«En los tiempos agitados de entonces eran frecuentes las crucifixiones de malhechores. El infeliz condenado llevaba el palo transversal hasta el lugar del suplicio. El temperamento ardiente de los discípulos se revolvía contra esta imagen. Y Jesús grabó, por decirlo así, esa imagen en el corazón de sus discípulos».

El provecho que se sigue de negarse a si mismo.—El provecho que va a seguirse de esta «negación», llevada hasta su consecuencia extrema, la muerte, es que «quien quiera salvar su vida, la perderá». Y viceversa. No es que todos tengan que perder la vida, ir al martirio, para salvarse. El pensamiento está formulado al modo oriental: con extremos acusados. Está expresado con el límite mismo a que ha de llegar, si es preciso, esa «negación» del hombre.

Pero, si esto llega, el que pierda su vida «por mi causa y por el Evangelio» (Mc), ése es el que verdaderamente la gana y la asegura en la eternidad. La palabra evangelio proviene del uso en la Iglesia primitiva.

Jesucristo establece luego una comparación para que se vea el valor de esta pérdida de la vida por el Evangelio, y que los tres sinópticos formulan de modo casi igual. «¿Qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» «Alma», conforme al modo hebreo, está por «vida». La comparación aparece usada en los rabinos. Hacia el 90 a. C., Simeón bar Schatach se gozaba de oír en boca de los paganos esta expresión: «Alabado sea el Dios de los judíos, más que ganarse el universo entero». Pero aquí la comparación es mucho más fuerte y acusada, al compararse toda la grandeza del universo con la vida del hombre. Por eso, «¿qué dará el hombre a cambio de su alma?» (Mc).

Pero esta vida del hombre no es, en el contexto, la simple vida física, material; es, por el contrario, el hombre en su vida espiritual: el alma que pierde su premio eterno. Pues la comparación está establecida sobre la vida que se «pierde», pero «por mi causa y por el Evangelio» (Mc). Si la frase pudiera, en absoluto, ser un proverbio, aquí tiene un sentido matizado.

Precisamente la Pontificia Comisión Bíblica dio un decreto en de julio de 1933 sobre este pasaje: Dice así:

«Si está permitido afirmar que las palabras de Jesucristo que se leen en San Mateo 16,26: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si, por el contrario, pierde su alma?»; y del mismo modo lo que hay en San Lucas 9,25 (que es este mismo contenido), no irán en sentido literal a la salvación eterna del alma, sino solamente a la vida temporal del hombre, no obstando el tenor y contexto de las mismas palabras ni la unánime interpretación católica. Respuesta: Negativamente».

Lo que se destaca muy visiblemente en todo esto es el concepto espiritual del mesianismo de Jesús. No son bienes ni ventajas temporales lo que promete; es el dolor «cotidiano» el que exige a los suyos; e incluso, por El y su reino, les presenta y exige, según los casos, el subir al Calvario y a la cruz. Ya las primeras persecuciones se habían desatado contra ellos.

El juicio final condenará el no «negarse» el hombre a sí mismo.—El hombre no tiene una potestad de vida o muerte ante el Evangelio. Jesús enseñó lo que hay que seguir. Es la incompatibilidad de la vida de aquí y la vida moral que exige el reino. Y El anuncia la sanción oficial que tendrán los que no se «negaron» a sí mismos por El. Es la hora del juicio solemne. Era una concepción firme en Israel esta hora judicial escatológica.

Este juicio final va a ser ejercido por el Mesías. La literatura rabínica no admite esto; sólo a título muy excepcional aparece en algunos apocalipsis apócrifos. En esa hora, El mismo, el «Hijo del hombre», vendrá a ejercer este juicio «en la gloria de su Padre» (Mt-Mc), y que Lc dirá que es «su gloria», además de la del Padre, que cita. Y los tres resaltan el elemento angélico apocalíptico que le acompaña: vendrá también acompañado de «sus» (Mt) santos «ángeles».

Jesús se presenta aquí como dueño de la humanidad, como Señor de los ángeles, y viniendo en la «gloria de su Padre». Con todo lo cual se acusa su grandeza, su trascendencia divina: «su gloria». Aquella «gloria» de Yahvé que ahora a El se aplica.

En esa hora «retribuirá a cada uno según sus obras» (Mt). Es la responsabilidad personal la que entra en juego.

Y será, expresado en paralelismo literario, un avergonzarse de aquellos que se avergonzaron—que no se «negaron»—de «mí y de mi doctrina» (Mc-Lc). Y Mc reflejará el estilo directo de la enseñanza: Jesús se avergonzará de los

que tuvieron esa actitud de desprecio a él «ante esta generación adúltera y pecadora». Dos expresiones cargadas de sentido bíblico y que orientaban, como antes se dijo, al mesianismo.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p. 383- 388)